

pueblo y el clero, la nobleza y el ejército el Gobierno y el Rey. Toda España, cualquiera que sienta el amor a la Patria debe sentirse obligado a tomar parte en la obra civilizadora, que, por razones de todo punto obligatorias se nos impuso, y que, de no haberla recibido por unánime y mútuo acuerdo de las naciones, nosotros mismos nos la hubiéramos tenido que imponer por razón de nuestra historia y por exigencias geográficas.

No tratamos ahora de la parte que toca al elemento militar, creemos que nuestros soldados cumplirán con su deber. Respecto al pueblo hemos de distinguir dos clases de hombres: los puramente negociantes y los que se mueven por los altos ideales de la civilización; subdividiendo a éstos, en hombres de idealidad vaga e indeterminada, como la sienten los hombres educados a la moderna en la escuela del liberalismo y en hombres de idealidad concreta y perfectamente definida, cuales son los formados en los sólidos e indefectibles principios de la religión católica. Y puesto que nosotros deseamos que todos los españoles sean del número de éstos últimos, a éstos nos dirigimos y a éstos volvemos a preguntar ¿Quién es el que debe atender a la urgente necesidad de enviar a Marruecos legiones de hombres formados intelectual, moral y religiosamente para civilizar al Africa?

Para responder de la manera más precisa diremos que los primeros obligados son los religiosos y los sacerdotes, que están llamados en primer lugar a ponerse a la vanguardia de toda hazaña en la que se trate de la gloria de Jesús. Al lado de éstos deben figurar, y muy en primer término también seculares de verdadero fervor católico que deseen tomar puesto en este ejército de ocupación de las almas mahometanas. Pero este ejército necesita sus pertrechos de guerra, y a proporcionarlos están obligados: el Católico Gobierno de la Católica España; los centros africanistas, la Liga, antes que ningún otro; los círculos aristocráticos y las nobles Hermandades de Santiago, de Montesa, etc. y todas cuantas existan en España como recuerdos gloriosos de héroes que lucharon como leones, en contra de la morisma; los católicos pudientes costeando centros de educación apropiada para los apóstoles del Mogreb; todos los católicos en los que arda el celo de la fé, de la gloria de Cristo y de la salvación de las almas, deben estudiar atentamente el modo de contribuir con su óbolo, con su inteligencia, con su voluntad o con su persona a tomar parte en esta nueva cruzada, la más ingente que han presenciado los siglos, y para la que están llamados del modo más singular, con llamamiento profético, los **ESCLAVOS DE MARÍA**.

Hermanos amadísimos de nuestras almas, la Santísima Virgen llama a las puertas de nuestros marianos corazones, meditemos todos, a los pies de nuestra invicta Reina aquellas tan gloriosas palabras que el gran Vidente de la Esclavitud mariana dice de los esclavos.

Leámosla una vez más:

«He aquí los grandes hombres que han de venir, pero a quienes María formará por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los impíos, idólatras y MAHOMETANOS.» Ya ha llegado el tiempo de que los esclavos marianos españoles nos aprestemos a tomar, en esa conquista de la fé, la parte que nos corresponde. Empecemos a contarnos siquie-